

APUNTES DE UN MÉDICO.

SOBRE EL TRATAMIENTO DE LOS

PRISIONEROS DE GUERRA EN FRANCIA



BILBAO:
LA EDITORIAL VIZCAÍNA, Henao. 8
1815

IV

25 - 3

5(13)

IV

BD2-18279

25 - 3

5(13)

APUNTES

Biblioteca de Ingenieros del Ejército



Inscripción...	}	Folio..... 3
		Número..... 63
Clasificación..	}	División..... J
		Subdivisión n. 12
Colocación....	}	Estante..... 14
		Tabla..... 3ª
		Número..... 5 (131)

APUNTES DE UN MÉDICO

SOBRE EL TRATAMIENTO DE LOS

PRISIONEROS DE GUERRA EN FRANCIA



BILBAO:

Imprenta y Enc. LA EDITORIAL VIZCAÍNA, Henao, 8

1915

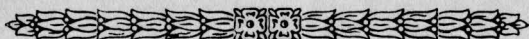
APUNTES DE UN MEDICO

EDICION DE 1904

PRISIONEROS DE GUERRA EN FRANCIA



IMPRESA EN LA BIBLIOTECA DE MEDICINA



APUNTES DE UN MÉDICO

SOBRE EL TRATAMIENTO DE LOS

PRISIONEROS DE GUERRA EN FRANCIA

EN PRISIÓN FRANCESA

En los últimos días de Julio de 1914, hallándome en viaje de recreo fuí sorprendido por la declaración de guerra, viéndome por tal motivo obligado a refugiarme en España.

El Cónsul austriaco en Vigo (en la costa N. O. de España) me mandó a Irún, en la frontera franco-española pero como entre tanto ya estaban en guerra Francia y Austria, me fué imposible atravesar Francia. En vista de esto, el Cónsul austriaco en Irún me mandó a Barcelona. En esta capital me comunicó el Cónsul General que era ya imposible la travesía a Italia, habiendo prohibido rigurosamente todos los Go-

biernos neutrales admitir a bordo súbditos de las potencias beligerantes. Forzosamente tenía que quedarme en España con muchos miles de alemanes y austriacos. Hasta el mes de Setiembre no les fué posible a las colonias alemanas en España encontrar un buque que admitiera a bordo, secretamente, a alemanes y austriacos, obligándose a llevarlos a Génova. Debido a la inmensa aglomeración, tan sólo pude conseguir billete para la cuarta expedición. Las tres primeras llegaron a su destino; pero no así la cuarta conducida por el vapor *Federico* y que era en la que yo iba, pues el día 10 de Octubre a las 12 del día, nos sorprendieron en alta mar dos torpederos franceses y nos obligaron a ir a Tolón, en cuyo puerto anclamos a las 8 de la noche.

Al día siguiente nos visitó una comisión de oficiales de la marina francesa, la cual, durante día y medio estuvo examinando a los pasajeros. El resultado de tal examen fué la prisión de cerca de 220 alemanes y austriacos. Vanas fueron las protestas formuladas por este proceder, contrario a los acuerdos de la Convención de La Haya. Nosotros estábamos de viaje en un buque neutral, de un país neutral (España) a otro

neutral (Italia), por lo que no se podía considerar como contrabando a los reservistas.

No solamente fueron detenidos los aptos para el servicio militar sino que también los que comprobaron no ser útiles para tal servicio a causa de su *inutilidad* corporal (impedidos y medio ciegos). A pesar de esto los declararon útiles, diciendo que podrían presentarse voluntariamente para hacer servicio en trabajos de oficinas.

Después del interrogatorio, cada uno fué sometido a nuevo registro corporal, revisando también el equipaje y quitando todos los cuchillos, la cuchillera, boticas de bolsillo, faroles eléctricos, etc., que fueron distribuidos en gran parte delante de nosotros, entre los gendarmes y los marinos de guardia.

El lunes, 12 de Octubre, a mediodía, todos los prisioneros fueron desembarcados en grandes botes, dándoles para comer un panecillo y una cebolla, conduciéndolos luego a Marsella, a la prisión militar San Nicolás, es decir, al presidio correccional militar.

En el vapor *Federico* quedamos unas treinta personas: cuatro señoras, unos veinte señores de Consulados alemanes y austriacos de las colonias inglesas de Africa, los cuales tenían

pasaportes franceses o ingleses, libres, algunos jóvenes menores de diecisiete años, dos señores cuyo destino no ha sido decidido todavía y yo. Me dijeron que yo, como médico, era libre, y que teníamos que quedar en el buque hasta que fallara el Tribunal de Presas. Si pusieran en libertad al buque, podríamos continuar nuestro viaje a Génova.

El miércoles 14 de Octubre al mediodía, en el momento de sentarnos a comer vinieron a bordo dos gendarmes con orden de arrestar a cinco compañeros y a mí. Tuvimos que coger de prisa nuestro equipaje y entrar en el bote de los gendarmes, en el que nos condujeron a tierra y al interior de un cuartel, a unos 50 pasos del sitio de desembarque. Al salir del bote sacaron los gendarmes de sus bolsillos cadenas de hierro, declarando que tenían orden de maniatarnos de dos en dos. Estos dos gendarmes eran hombres muy buenos; se vió claramente que el ejecutar esa orden les era muy desagradable. Fuimos al cuartel y allí nos encerraron.

¡Mal cariz presentaba mi cautividad, de la cual daré a conocer informes con detalles completamente verídicos, por cuya razón me veo obligado a tratar de cosas sumamente delicadas!

Media hora después volvieron los gendarmes y nos condujeron en un coche de presos a la estación. Tuvimos que cargar nuestros equipajes sobre un carrito y conducirlo hasta un coche de 3.^a clase. Al pasar nos miraba la gente silenciosamente.

Llegamos a Marsella dos horas más tarde, donde nuevamente nos embarcaron en un coche de presos en el que nos condujeron al presidio correccional de San Nicolás. Ya el aspecto de estas viejas prisiones (casamatas) (cuentan más de 200 años de vida) fué desconsolador. Primeramente fuimos de nuevo interrogados y después nos revisaron y aligeraron nuestro equipaje. Para comprobar que yo era médico, debí pasar un examen médico ante dos médicos militares franceses, en el que fuí aprobado. Preguntando luego al escribano, que hablaba bien el alemán, si no podría comprar algo para comer—no había tomado nada desde el desayuno—me dijo que un sargento me llevaría a la cantina. Este sargento me condujo, pero no a la cantina sino a una celda solitaria que cerró detrás de mí. Aquí se me quitó el hambre. La celda medía aproximadamente 3 metros de longitud y 2 metros de anchura con una altura de 5 a 6 metros. En lo

alto había un pequeño agujero para dar entrada al aire y la luz. Empezaba a oscurecer. Había llovido todo el día, por lo que hacía frío. Por las paredes extremadamente sucias caía el agua al piso de piedra que también estaba muy sucio. El mobiliario se componía de una cama de madera y sobre ella echado un colchón de paja que olía malísimamente. Además había en una esquina un cubo de chapa, que fué usado por mi antecesor y el cual no había sido evacuado, por lo que pude comprobar que mi antecesor sufría de disentería. En esta situación horrorosa permanecí dos horas, acribillado por las pulgas y sin saber cuándo me libertarían y por qué me metieron allí. Hasta el día de hoy no lo sé. Creo que fué una broma del sargento. A las dos horas me llevaron al fin donde estaba la otra gente del vapor *Federico*. Estuvimos en un ala del edificio, de dos pisos, componiéndose cada piso de un sólo gran hueco. En estos dos espacios nos encerraron juntos y en unión además de 300 soldados alemanes prisioneros de guerra; total más de 500 hombres. El suelo cubierto con una ligera capa de paja vieja y húmeda, por entrar en diferentes sitios la lluvia, fué nuestro lecho. En la mitad de cada uno de los dos huecos había tres

cubos con agua, que fueron llenados en un pozo en el que yo mismo pude leer más tarde la advertencia *Eau dangereuse* (agua peligrosa). No había retrete en la casa; pero en cada esquina de los dos espacios había tres cubos de chapa abiertos. Habiendo llegado los últimos mis cinco compañeros y yo, nos debimos colocar al lado de estos tres cubos. La mayor parte de la gente sufría de disentería y otros de diarrea, probablemente por el uso de agua en malas condiciones. Hay que advertir que estos cubos habían sido evacuados entre las 4 y las 5 de la tarde y por el constante uso, poco después de la media noche estaban llenos y hasta rebasando su contenido. El olor que había sido antes repugnante se hizo insoportable. Es claro, en estas condiciones, por lo menos la primera noche, no se pudo pensar en dormir. Todas las mañanas nos llevaban a los 500 hombres a un pequeño patio, donde al aire libre, muchas veces con lluvia, debíamos lavarnos en las pilas de un pozo, lo que era imposible por nuestro gran número. También por la tarde nos dejaban salir al patio por espacio de una hora. Fuera de estas dos horas, todo el tiempo teníamos que estar encerrados. Supo la gente que yo era médico y en gran número re-

clamaron mi ayuda. Aunque me negaron toda clase de utensilios médicos y medicamentos pude de algún modo consolar a los infelices. Hubo, por ejemplo dos enfermos de tifus, con mucha fiebre, varios casos de disentería, calenturas y un caso de pulmonía; además hubo muchos tripulantes de los buques refugiados en los puertos neutrales españoles que tenían enfermedades secretas y todos los días aumentaba el número de la gente atacada de sarna. Hormigueaban las pulgas, mosquitos y piojos de todas clases, etcétera. Todos los enfermos estaban juntos con los sanos y sobre la misma paja y sin cubierta. Ningún médico se dejaba ver. Me hice conducir el primer día ante el médico de la prisión y le expuse nuestro estado. Me dijo que no nos podía ayudar y además que saldríamos dentro de algunos días. Sin embargo, que pediría informes. Al día siguiente me permitieron recetar los medicamentos necesarios. Mandaron a los enfermos de tifus al hospital; únicamente se prohibió tratar a los atacados de enfermedades secretas, «no pagando el Estado francés ni un sou por los vicios de los alemanes».

De día en día se iba deprimiendo el ánimo. Como la gente no llevaba más traje que el

de verano, tenía mucho frío. Se irritaron mucho por la preparación asquerosa de la comida. A nosotros nos daban de comer en una sala después de haber comido en ella los criminales. Nos daban dos veces al día sopa con un pedacito de carne, y, o solamente pan viejo, o lentejas, o macarrones. Algunas veces no era mala la comida, pero siempre escasa. Las mesas en donde se comía estaban llenas de indescriptible suciedad. Los utensilios, usados un momento antes por los criminales, se llenaban nuevamente con nuestra comida, sin ser previamente lavados. Para no usar la cuchara lamida un momento antes por un criminal francés, las robábamos después de la primera comida. Yo la guardo como un recuerdo. El comandante del presidio era un señor fino y amable. Sus sub-oficiales eran severos, pero no crueles. No podían y no debían ayudarnos. Además, parece, que los franceses son poco aficionados a la limpieza. Sin embargo, nos consolaron diciendo que aquel estado no podía durar mucho. Así pasaron diez días. Entonces mejoró la situación. Mandaron a Argelia a 300 soldados alemanes. Nos trajeron paja nueva y quemaron la vieja. El estado de salud mejoró. Después a 19 personas pertenecientes al vapor *Federico* que tenían ran-

go de oficial y a mí como médico militar de la reserva, nos separaron. Nuestro nuevo departamento era una celdilla oscura, especie de cueva muy sucia. Era demasiado pequeña. No tenía sitio más que para 17 camas, sin poner sillas, mesa ni nada, únicamente era capaz para las 17 camas puestas en dos filas y con un pasillo en el centro. Al Sr. G. y a mí nos pusieron en otra celda donde había cuatro cabos franceses castigados. Uno estaba preso por robo, otro por falsificación de letras. No pude averiguar lo que habían hecho los demás. Tanto los oficiales como yo ya teníamos camas con paja y cubiertas, (pero también con chinches). Mis 17 camaradas estaban muy mal, no pudiéndose mover en su celda. Solamente dos horas al día nos permitían estar en el patio. El Sr. G. y yo estábamos mejor, pues teníamos más sitio y por lo tanto nos podíamos mover. Además nuestros compañeros de celda, los cuatro cabos franceses, nos consideraban mucho. Nos dijeron que nosotros como oficiales, estaríamos pocos días allí y que nos conducirían a una fortaleza, donde estaríamos mejor. Los demás pasajeros del vapor *Federico* serían conducidos a la isla Córcega.

Desde nuestra separación recibimos diaria-

mente la visita de oficiales y cabos franceses que venían a satisfacer su curiosidad. No se puede imaginar los insultos y humillaciones que teníamos que oír en contra de nuestra patria y principalmente del Emperador alemán y del Kronprinz. Estos hombres nos consideraban como animales salvajes. Después de mirarnos largo rato, cambiaban sus juicios sobre nuestro exterior, de un modo desvergonzado, infantil. Empezaban por decir que andábamos muy mal los alemanes; que nos vencerían completamente y que no merecíamos otra cosa, etcétera. Nos contaron las fantasías y calumnias más increíbles de la prensa francesa, y el colmo para nosotros era de que todas estas cosas las creían nuestros visitantes. Así por ejemplo, nos dijo un viejo oficial francés, que no había más remedio que aniquilarnos, porque un pueblo con un... como Emperador y con un criminal como el Kronprinz, quien personalmente corta los pechos a las muchachas francesas, no merecía otra cosa, etc.

Naturalmente, yo no opino de que todos los oficiales franceses sean así, tan crédulos y sin sentido común. También he tenido tratos con varios franceses ilustrados y me figuro que la gente culta y delicadamente educada evitó visi-

tarnos para no humillarnos en vista de nuestra situación. Sin embargo, todo el trato que se da en Francia a los prisioneros de guerra, demuestra claramente el espíritu de pasión y venganza, sin juicio, que reina en las autoridades francesas. Además, la gran mayoría de nuestros irritados franceses modificaron algo su proceder, al ver, sorprendidos, que éramos gente con educación y trato.

Nos avisaron que los oficiales recibiríamos diariamente 3,40 francos de sueldo; pero que con ello teníamos que pagar la comida y lo demás, por ejemplo, luz y calefacción. La *habitación* no. La comida nos costaba dos francos y la traíamos de una fonda de los alrededores. Lo restante recibíamos de la cantina. Nos engañaban a la vista de nuestros guardianes. Nuestras quejas al Comandante no servían para nada. Nuestra impresión sobre la disciplina militar francesa no es muy buena. Pasaban los días y nosotros seguíamos en el presidio. A las tres semanas de nuestra entrega ordenaron que toda la gente del vapor *Federico* con excepción de los oficiales tenía que embarcar en un pontón anclado en el puerto de Marsella, para ir algunos días después a Córcega. Singularmente también mi

nombre figuró en la lista. En vista de esto presenté un escrito al Gobernador Militar pidiéndole mi libertad como médico, amparándome en los Convenios de Ginebra. A pesar de esto tuve que ir al pontón. Allí nos pusieron en un cuarto sin luz, ni de día ni de noche, sobre paja, sin una mala cubierta. Por causa del viento Norte hacía un frío glacial. Tan sólo dos horas salíamos al aire libre.

Por consecuencia de la carencia de medicamentos me era imposible toda ayuda a los enfermos. Pasaba lo mismo que los primeros días.

Después de haber estado dos días y medio en el pontón, me condujeron otra vez al viejo presidio. Olía tanto mi ropa, que me ví obligado a perfumarla en la cantina. Mi regreso al presidio, fué consecuencia de mi demanda al Gobernador Militar, solicitando ponerme en libertad por mi calidad de médico.

En el camino se detuvo el coche en el interior de la población. Me obligaron a bajar del coche y me condujeron ante una comisión de 6 médicos, los que me sometieron por segunda vez a un examen médico, el cual fué extremadamente duro. También esta vez salí bien y me consideraron definitivamente como médico y como ofi-

cial. Ni una palabra de libertad. Volví otra vez al presidio donde mis camaradas. Allí estuvimos todavía una semana, esperando siempre la terminación de este estado intolerable. Por las fuertes rejas de nuestra celda podíamos mirar el triste patio del edificio, que estaba rodeado de muros muy altos. Enfrente de nosotros estaba la puerta de entrada, por la que podíamos hacer de vez en cuando observaciones muy interesantes. Vimos grandes transportes de soldados *franceses* procedentes de la línea de fuego en calidad de prisioneros, los cuales eran conducidos encadenados de dos en dos o tres en tres ante el Juez, a causa de desobediencia, cobardía, etc. Desde nuestra prisión, que servía de estación de tránsito, vimos a mucha gente alemana, internada en Francia, la cual se hallaba en malísimo estado. Nunca olvidaré el aspecto de las 20 mujeres y 10 niños que fueron entregados una noche de Octubre que llovía torrencialmente. Hacía varias semanas que estaban de viaje y conducidos de prisión en prisión. Ultimamente habían estado tres semanas en Belfort. Allí habían nacido dos niños. Cuando yo los ví uno tenía 14 y el otro 18 días. A pesar de que las madres de estas criaturas eran inca-

paces de viajar ; a pesar de que las criaturas sufrieron de diarrea desde su nacimiento y de que por falta de toda asistencia empeoraban de día en día, obligaron, a los pobres a viajar, llegando aquí muertos de hambre y completamente mojados. El estado de las recién paridas y de sus criaturas movió el corazón de nuestro buen Comandante. Me pidió consejos. Le indiqué la necesidad de mandar la misma noche al hospital a las madres con sus hijos, en donde podrían darles ropa seca, cama caliente y la comida necesaria. Sin embargo, el médico militar francés, llamado en el último momento, hizo presente que se podía esperar hasta el día siguiente. Por consecuencia, las pobres madres tuvieron que pasar la noche con la ropa mojada, sobre paja, sin una mala cubierta y en un cuarto sin calefacción. Las pobrecitas criaturas fallecieron al día siguiente.

También conocí a una señora que desde hacía 30 años vivía en Marsella como Directora de un gran sanatorio de un médico francés. También estuvo encarcelada durante mucho tiempo y luego entregada a un campo de concentración. Así podría contar muchos ejemplares de la dureza bárbara y sin sentido común con que procedían las autoridades francesas.

Por fin, el día 4 de Noviembre nos anunciaron que teníamos que salir al día siguiente para la fortaleza Albertville en Saboya, en donde encontraríamos a más de 100 oficiales alemanes ile-
sos. Estábamos satisfechos de salir de una vez de aquel infierno. Figurándonos que el viaje du-
raría por lo menos 8 horas, y conociendo también el cuidado y cariño de las autoridades francesas para con los prisioneros, nos proveímos de comestibles para el camino. Que esta precaución fué muy prudente lo demuestra el hecho de que nos llevaron durante casi dos días y dos noches sin darnos nada de comer y sin permitirnos bajar del coche. Nos presentaron al público en todas las estaciones. Dejaban nuestro coche en la vía principal, en medio de la estación y al observar-
nos nos rodeaba un gentío gritando e insultándonos y hasta escupiéndonos. Entre dicho público se encontraban siempre oficiales, señoras y señores bien vestidos. Nuestra guardia—para guardar a 18 prisioneros sin armas, necesitaban 12 gendarmes y dragones armados hasta los dientes—no permitió el que bajáramos las cortinas de los coches. Al mediodía quisimos comer algo; pero el fondista de la estación no quiso vender nada a *cerdos alemanes*. Nuestra queja

al Comandante Militar de la estación no produjo otra cosa que aumentar los insultos. En Valence, sin embargo, encontramos una excepción en un Capitán, que arrojó fuera al populacho, corrigió severamente a nuestra guardia, cambiando algunas palabras corteses con nosotros y permitiéndonos bajar las cortinas.

El 6 de Noviembre por la tarde llegamos a Albertville. Allí nos aguardaba una escolta de unos 30 cazadores alpinos. Estos y nuestra guardia de viaje casi no podían protejernos contra la rabia de la muchedumbre, la cual nos acompañó desde la estación hasta el sitio que nos tenían señalado, que distaba próximamente un cuarto de hora. Soy incapaz de describir la furia bestial de esta gente. Vimos andar a golpes señoras bien vestidas y curas ancianos con nuestros cazadores alpinos ante la obstinación de estos de no permitir que se acercaran a nosotros. Caras tan torcidas y gritos tan inarticulados he observado solamente en locos arrebatados. Supimos luego que el periódico del pueblo había anunciado nuestra llegada. Además había corrido el rumor de que nos habían cogido en el campo de batalla robando a los cadáveres.

Un cuarto de hora más tarde llegamos a la

Penitenciaría militar. *Otra vez presidio y no fortaleza.* Allí encontramos 11 (y no cien) oficiales heridos alemanes (y no ilesos). Esta cifra fué aumentada unos días después con otros cinco, de modo que estábamos ahora 34 oficiales alemanes y austriacos (7). Poco más o menos era lo mismo que en Marsella. Estábamos en dos grandes dormitorios. Aquí había más luz y aire; pero aquí teníamos también que quedarnos todo el día detrás de algunas rejas (había alguna de estas que tenían triple enrejado de hierro). Nos daban permiso durante dos horas para pasearnos por el patio, muy pequeño por cierto y rodeado de paredes muy altas, de manera que la mayoría renunció y, por consecuencia, no salieron en varias semanas. También aquí tuvimos suerte con el comandante y los sub-oficiales; pero ellos, como en Marsella, no nos podían hacer favores. Como el Estado no nos daba más que cama, sillas, utensilios para comer y beber, etcétera, teníamos, por necesidad, que proveernos de todo. La comida teníamos que comprar en la cantina de los soldados, pagando por día y persona 1,16 francos. Cantidad demasiado elevada. Estábamos peor que en Marsella referente a los trabajos bajos que nos obligaban a ejecutar, tal

como limpiar retretes, el suelo, vasos y llevar agua y carbón, etc. Me nombraron carbonero y calentador. En una palabra: fuimos de mal a peor. También aquí nos visitaban muchos oficiales y sub-oficiales con objeto de insultarnos. De día en día nos irritaba más este proceder, y principalmente nos indignamos por haber metido a 4 camaradas que vinieron los últimos, un comandante y tres capitanes, en el presidio, aunque sus heridas abiertas y supurando requerían un conveniente tratamiento. Venían todos los días algunos médicos militares para hacer el vendaje; pero como empleaban siempre después de la tintura de iodo, el mismo vendaje y tijeras enroñecidas, que era el único instrumento que veíamos, naturalmente, las heridas seguían supurando.

Transcurrían los días y las semanas y nosotros continuábamos detrás de las ventanas enrejadas, encerrados, en adormecimiento insoportable y cólera impotente. Por nuestra amistad con un cabo, por cierto muy interesado, pudimos escribir al principio cuanto quisimos. Mientras que mis camaradas recibían relativamente pronto contestación a sus cartas y también paquetes postales, esperaba yo en vano uno y otro día una señal de vida de mi familia.

Hacia dos meses que estábamos presos y continuamente en presidios franceses, hasta que un día pareció cambiarse nuestro destino. Nuestro viejo y buen Comandante sintió vergüenza por su patria, e hizo una petición demostrando la forma indigna en que se nos trataba. También a pesar de todas las precauciones empleadas por las autoridades francesas se llegó a saber poco a poco, que en Alemania se trataba muy bien a los prisioneros franceses. En los primeros días de Diciembre nos comunicaron que seríamos conducidos de Albertville a una fortaleza donde recibiríamos buen trato. Además encontraríamos por allí unos 200 oficiales alemanes prisioneros.

Salimos el 9 de Diciembre. Nos cuidaron, efectivamente, bastante bien. Fuimos conducidos por nuestro viejo Comandante de Albertville. En Barrán (departamento Isere) cerca de Grenoble, fuimos recibidos muy bien por nuestro nuevo Comandante. Nos destinaron un pabellón para oficiales, con cuartos amueblados, bonitos. Lo que más llamó nuestra atención fué el que las ventanas no tuvieran rejas. Era una fantasía lo de los 200 oficiales alemanes prisioneros. No había ninguno.

El gran patio de la fortaleza tenía por una

parte espino artificial y podíamos pasearnos por él, aunque muy vigilados. El aire era muy bueno y hermoso el paisaje. A unos 50 kilómetros teníamos el Mont Blanc con toda su hermosura. Además nos dieron ordenanzas. Estos eran 7 soldados prisioneros para hacer por nosotros los trabajos bajos. No faltaba más que la libertad, que era la cosa más hermosa. No teníamos más remedio que contentarnos. Sin embargo, esta esplendidez duró pocos días, pues creo que a los 4 días nos trasladaron a la prisión de la fortaleza, sin decirnos el motivo.

Otra vez nos encontramos detrás de las ventanas enrejadas y el paseo tan sólo de una hora al día. Todo era como en las otras prisiones. Es verdad que teníamos nuestra ordenanza; pero inventaron nuevas mortificaciones y humillaciones. Por ejemplo, nuestro presidio, fué rodeado por una fila de centinelas (cada diez a quince pasos había uno). Desde que anochecía hasta que amanecía todos los centinelas gritaban cada 15 minutos el alerta todo lo alto que podían y como lo hacían bajo nuestras rejas era de todo punto imposible nuestro descanso. Ocurría a menudo que contestaban al grito de ¿quién vive? «COCHON ALEMÁN» (cerdo alemán) y otras

cosas por el estilo. Es un deber mío y muy agradable declarar que aquí al fin encontramos un médico culto y amable que cuidó a mis compañeros con todo esmero y bajo cuyas aptas manos pronto estarán curadas las heridas.

Continuaba sin tener la menor noticia de mi patria. Esto y la poca esperanza de ser puesto en libertad antes del fin de la guerra me tenía completamente desesperado y máxime al considerar mi triste estado. Por fin, el 20 de Diciembre recibí noticias de mi esposa y de mis padres, las cuales llevaron algún consuelo a mis penas y me hicieron más soportable las tristezas de aquella Navidad.

El 28 de Diciembre, por la tarde, el Comandante entró en mi celda para comunicarme que, como médico quedaba en libertad y de que un gendarme me conduciría al día siguiente a la frontera Suiza. Me es de todo punto imposible describir los sentimientos que experimenté en aquellos momentos, y la pena de mis compañeros que allí quedaban.

La noche vieja llegué a Graz, mi pueblo...

Añado a mis vicisitudes una breve descripción de algunos casos ocurridos en Francia a oficiales alemanes heridos. Varios de estos Señores lle-

garon donde estábamos nosotros en traje de paisano. Les habían robado los uniformes en los hospitales por lo que tuvieron que comprar con sus propios recursos el traje de paisano. El capitán prusiano B. fué herido gravemente a fines de Agosto. El proyectil le interesó el pulmón. Al principio y durante 10 días le cuidaron en el hospital dándole el alta mucho antes de que estuviese curado. Entonces fué conducido de prisión en prisión, teniendo que dormir muchas veces en salas de espera de tercera clase o en cuartos celulares sin que le diesen jergón de paja ni cubierta. Así fué llevado hasta donde estábamos nosotros en Albertville a mediados de Octubre. Como consecuencia de esto padece ahora de tuberculosis.

El teniente bávaro P. fué herido por tres balas y hecho prisionero. Como el hospital más próximo estaba lejos le pusieron sobre el caballo y lo liaron pasando en esta situación 3 a 4 horas. Para aumentar su *comodidad* le quitaron los estribos. Después de vendado en el hospital le pusieron ataduras que tenía que llevar en todos sus viajes, a pesar de sus tres heridas.

El capitán prusiano Z. fué hecho prisionero con dos heridas y conducido al hospital y vendado.

Le pusieron en una cama sin mudarle su ropa interior llena de sangre. Al poco rato cuando se encontraba durmiendo (estaba agotado) le despertaron. Sangraban tanto las heridas que la sangre traspasó el jergón de paja. Le obligaron a levantarse. La enfermera puso un pedazo de hule en la cama para que a ella volviera el herido. ¡Qué tratamiento más raro para contener la hemorragia! A la mañana siguiente le dijeron que estaba curado. Como no tenía ropa interior limpia le dieron dos camisas—en la una faltaba la manga izquierda y en la otra la derecha.— Además un pantalón ya usado y sucio. Luego le condujeron a Albertville.

Al teniente prusiano B. trajeron también con las heridas abiertas y supurando, y le condujeron hasta Albertville en automóvil, pues él no podía andar. Le trajeron lentamente en medio de la muchedumbre irritada. El automóvil que llevaba a los oficiales franceses que le conducían iba con rapidez. Mucha gente de Albertville subió al automóvil y pegó al teniente y hasta le escupieron gritando: «Perro rojo» (era rubio).

Con una indagación exacta, la Embajada Americana de Francia, si realmente defendiera los

intereses alemanes, sacaría a luz casos todavía más monstruosos.

A pesar de todo cuanto llevo dicho y de las experiencias que he sacado, me abstengo de juzgar en términos generales a los franceses, puesto que no he tratado más que con autoridades militares; oficiales, sub-oficiales y soldados. Pero es muy cierto: La credulidad accesible tan fácilmente a cualquiera instigación; la pereza de pensar y la falta de juicio; tales aberraciones de vanidad y de mentira; tales vacilaciones de un extremo de sentimientos a otro, como se manifiesta en Francia, hasta en la clase intelectual, se observan mucho menos entre nosotros los alemanes, aun en las clases bajas.

Firmado:

El Doctor en Medicina y Cirugía,

CARLOS ZELGER.

Graz (Austria), Enero 1915.

